



LECTURA
SEMANTAL Y
POPULAR

10
Cen.

NO. 21 N.º 13

ORTEGA y FRIAS

**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE**

LECTURA

AÑO II **SEMANTAL** **PRE-**
NÚM. 13 **POPULAR** **CIO:**
26 ENERO **10**
1926 **CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia ycripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

Honor de esposa y corazón de madre por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra. Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastrer, el señor Policarpo, que habitaba en un portal de misero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados, preguntaron al sastrer, y éste ocultó el motivo de la visita. En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo. La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente imposibilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastrer, compadecido, las ayudaba en cuanto podía. Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterró. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo. Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro. En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había

(Continúa en la penúltima página.)

—¿Cómo?

—Supongo que ni él ni vuestro padre han dicho nada de particular.

—Nada.

—Ahora que se quedan solos es cuando han de decir lo que sienten.

—Así debe de suceder.

—Pues bien; si escuchamos la conversación...

—¡Juana!

—Si nos andamos con escrúpulos nada conseguiremos...

—Pero escuchar...

—No está bien hecho; ya lo sé.

—Y semejante abuso...

—Lo cometeré bajo mi responsabilidad.

María no tuvo valor para oponerse.

La doncella llegó hasta la puerta del comedor.

Ningún criado había por allí.

Ni una sola palabra perdió la sirviente de cuanto hablaron el comendador y Querubín.

Grande fue la sorpresa de Juana, que corrió en busca de María cuando se despidió el mancebo.

—¿De qué han hablado?—preguntó la hija de don Pedro.

Punto por punto y con la mayor exactitud refirió Juana cuanto había oído.

—¡Dios mío!—exclamó María.

—Debéis consideraros dichosa.

—¡Viven los padres de Querubín!

—Y son nobles y ricos.

—¡Ah!

—Pero debe de haber sufrido mucho, y mucho debe de amaros, cuando ha tenido valor para callar.

María elevó al cielo una mirada de inmensa gratitud.

La verdad es que había luchado y estaba dispuesta a

luchar hasta morir con su severo padre, y que su amante no merecía perdón si se mostraba débil.

No; Querubín no era una criatura vulgar.

Había dado una prueba de su amor a María, prueba de inmenso valor.

Ella fue por algunos momentos dichosa.

Sentíase halagada como no se ha sentido ninguna mujer.

Sin embargo, tenía miedo, porque era posible que Querubín cambiase de resolución después de reflexionar.

Juana dijo:

—Si hubieseis estado escuchando como yo, os hubierais entusiasmado hasta el punto de entraros ganas de abrazar al señor Querubín.

—Sí; a pesar de todos mis sufrimientos, soy dichosa, tan dichosa como no lo es ninguna criatura.

—¿Y qué debemos hacer ahora?

—Tenemos que esperar.

—Si encuentro un pretexto, iré a buscar al señor Querubín, le hablaré de lo mucho que le amáis, y así no vacilará.

—Pero se trata de sus padres.

—Tiempo le queda para abrazarlos, y así como ha pasado sin ellos un año y otro, bien puede pasar algunos días o algunos meses.

—Su noble corazón...

—Es vuestro antes que de nadie.

—No lo dudo.

—Esperemos, y confiemos en la fortuna, que siempre nos ha protegido.

—Confío en la misericordia divina.

—Ahora voy a enredar conversación con Andrés.

—Cuidado, porque ya sabes que es muy astuto.

—Nada temáis, que cuando habla conmigo se turba y es torpe como la misma torpeza.

—En ti confío.

La doncella salió del aposento de María.

No se equivocaba al creer que toda la astucia de Andrés desaparecía cuando hablaba con ella.

CAPÍTULO XXXV

Intento frustrado

El señor de Guevara entró en casa de don Pedro.

—¿Y el señor comendador?—preguntó.

Los criados de éste miraron de pies a cabeza al caballero, y le contestaron con desdén:

—No podemos decir si está en casa su señoría ni si tendrá por conveniente recibiros.

—Soy don Godofredo de Guevara.

Parecía que el don cuadraba muy mal con la ropa del protector de Querubín.

—Está bien—dijo uno de los sirvientes—; pero mi noble señor...

—¡Vive el cielo! ¿Queréis hacerme perder la paciencia?

—Lo que queremos es haceros comprender...

—¡Villanos!...

—¡Tenga la lengua el señor don Godofredo!

—¡Ni la lengua ni las manos! ¡Y si os atrevéis a continuar con vuestras desvergüenzas, no quedará en vuestro cuerpo un hueso sano!

—Nuestro señor ha salido.

—¡Mentís!

—Pues, mentira o verdad...

—¡Canallas!—gritó el buen hidalgo dejándose arrebatar por la cólera.

Acudieron algunos sirvientes más, y todos se disponían a defenderse si eran atacados, o a principiar el

ataque si el caballero seguía apostrofándolos tan desagradablemente como antes. Gritaron los unos y los otros. Llevó el señor de Guevara la diestra a la empuñadura de su espada; pero, afortunadamente, se presentó Andrés.

—¿Qué sucede?

—Este hombre nos insulta y quiere maltratarnos.

—¡Estos miserables me han ofendido!

—Perdonad—dijo el confidente de don Pedro—; se los castigará como merecen por haber faltado al respeto a una persona de vuestra clase. Entrad, que mi noble señor tendrá mucho gusto en recibirlos.

El señor de Guevara se volvió a los otros, y les dijo con desdén:

—¡Os perdono, villanos!

Pocos minutos después encontrábase frente al comendador.

No le sorprendió a éste la visita, sino que, por el contrario, la esperaba.

Saludáronse muy cortésmente y dieron principio a la conversación, diciendo el padre de María:

—He tenido el gusto de almorzar en compañía de vuestro protegido, cuya inteligencia he admirado.

—De mi hijo, diréis—replicó el señor de Guevara.

Sonrió levemente don Pedro, y repuso:

—¿Os dado el señor Querubín explicaciones de nuestra conversación?

—Para mí no tiene secretos.

—Entonces, sabréis...

—Sí; que le habéis dicho que yo no soy su padre.

—Es verdad.

—Y precisamente sobre ese punto necesito muy claras y muy terminantes explicaciones.

—Señor de Guevara, tened en cuenta que se trata de la suerte de mi hija.

—Ya lo sé.

—Y debe perdonárseme que me aproveche de la ocasión que se me presenta para poner en claro el misterio que tanta importancia tiene para mí.

—Señor don Pedro, cuando se trata de cumplir un deber, no hay conveniencias, no hay nada, y un hombre honrado y noble como vos está doblemente obligado a ser generoso.

—Antes que honrado, antes que caballero, soy padre.

—Según entiendo, conocéis el secreto de la existencia de Querubín desde que nació.

—Es verdad.

—Entonces, hay una cosa que no me explico.

—¿Una no más?—replicó don Pedro—. Pues yo creía que eran muchas, y os advertiré lealmente que no me es posible daros la clave de ciertos misterios; de manera que después de nuestra conversación, y como vulgarmente se dice, os quedaréis completamente a oscuras.

No era el señor de Guevara hombre de mucha paciencia, y como había ido resuelto a poner en claro la situación, empezó a sentirse muy disgustado.

Con muestras de inquietud se movió de un lado para otro, y si pudo contenerse, fue porque pensó que en último caso podía apelar a su espada.

—Quisiera—dijo—que no extraviáramos la cuestión.

—En ella estoy.

—Ante todo, establezcamos los hechos.

—Me parece bien.

—Conocéis el secreto de la existencia de Querubín. sabéis que sus padres le han buscado sin cesar, y que el desgraciado niño puede ser dichoso, sin que para esto se necesite más sino que pronunciéis algunas palabras.

—Todo eso es verdad.

—¿Y por qué esas palabras no las habéis pronunciado? ¿Por qué a los padres no les habéis dicho dónde se encontraba su hijo? Haciéndolo así, hubierais cumpli-

do vuestros deberes, no solamente de caballero, sino de hombre honrado. ¿Qué interés tenéis en que esa criatura arrastre una existencia penosa mientras sus padres sufrían? Eso es incomprensible, comendador, y sobre este punto precisamente ha de quedar todo en claro, pues para eso he venido, y ya sabéis que no soy de los que hacen las cosas a medias. Me llamo Godofredo de Guervara; soy tan caballero como vos, tan noble como el mismo rey, y, ¡vive el cielo que no he de permitir que nadie me ofenda!

—Os dejáis arrebatarse demasiado fácilmente.

—Os escucho, don Pedro.

—Por una casualidad supe que cierta dama había olvidado sus deberes, y que ese niño a quien amparáis era el fruto de semejante debilidad.

—¿Sabéis cómo vino Querubín a mi poder?

—Supongo, aunque esto no es más que una suposición, que al morir su nodriza, que vivía en vuestra misma casa, le recogisteis.

—No os equivocáis.

—Yo no tengo para qué meterme en asuntos ajenos, y he ahí por qué he callado...

—Pero si podéis hacer un beneficio...

—También era posible que resultase un mal para la dama a quien aludo, puesto que es casada, vive su esposo y tiene otros hijos. Además, una serie de circunstancias que ahora no son del caso me aconsejaban guardar absoluta reserva.

—¿Y no hay ya ningún inconveniente en que mi protegido conozca el secreto?

—Ninguno.

—Pues, entonces...

—¡Perdonad!—interrumpió don Pedro.

—Sigo escuchando.

—Por una coincidencia que no sé si considerarla afor-

tunada, viene a resultar que vuestro ahijado conoce al miserable que ha trastornado la cabeza de mi hija, y yo, en uso de mi derecho, exijo que me diga quién es ese hombre, ofreciéndole en cambio decirle quiénes son sus padres. Tal vez hay en esto algo de egoísmo.

— ¡Mucho, comendador; muchísimo!

— La suerte de mi hija es lo primero para mí; encuentro una ocasión, y la aprovecho.

— Para dar a las cosas su verdadero nombre, debierais decir que cometéis un abuso.

— Aunque la calificación es demasiado dura, la acepto.

— Y si yo os echo en cara ese abuso...

— Nos quedamos lo mismo que antes—repuso don Pedro con calma.

— Y como el abuso redundaba en perjuicio de Querubín, que tiene derecho a mi protección...

— Me pediréis cuenta de mi conducta, me recordaréis que sois tan caballero como yo, que ceñís espada...

— ¡Truenos!...

— Si ese caso llega, reconoceré que la razón os sobra.

— Pues si así lo reconocéis, yo debo de estar loco, o tendréis que revelar el secreto.

— Y lo revelaré.

— ¡Gracias a Dios!

— Muy pronto os alegráis, señor de Guevara.

— Si consigo lo que deseo...

— Sí, lo conseguiréis, porque todo el mundo sabrá quién es la madre de Querubín: y cuando esa mujer, que goza de una gran reputación, se vea deshonrada; cuando vuestro protegido se convenza de que ha sido dichoso a costa del reposo y del honor de su madre...

— ¡Cuernos de Lucifer!—exclamó fuera de sí el señor de Guevara.

— No podéis exigirme otra cosa.

— ¡Rayos del infierno!
— Porque ante todo soy padre.
— ¡Os mataré, don Pedro; os mataré!
— Ya soy viejo, no tengo más amores que mi hija,
y la existencia es para mí una carga insoportable.

— ¡Comprendo, comprendo!

— Vos no sois un asesino.

— ¡Eso no!

— Para matarme tenéis que provocarme como caballero; otras personas habrán de entender en el asunto, y resultará...

— ¡Vive Dios! ¡Mil legiones de condenados!

— Soy egoísta.

— ¡Truenos y centellas!

— El amante de mi hija se ha burlado de mí, me ha puesto en ridículo, y para vengarme soy capaz de todo. Tenéis sobrado talento, señor de Guevara, y no necesitáis más explicaciones para comprender la situación. Estoy decidido y no retrocederé. No me amenacéis, porque será en vano. Secreto por secreto: si otra cosa no puedo conseguir, ya que de boca en boca y malparada anda la reputación de mi hija, peor quedará la honra de la madre de Querubín, y Dios sabe las complicaciones a que dará lugar todo esto. Recobrad la calma, reflexionad, y os convenceréis de que os conviene transigir.

No necesitaba el señor de Guevara discurrir mucho para comprender toda la gravedad de la situación.

Cuando el comendador se convenciese de que le era preciso sacar la espada y arriesgar la vida, no se detendría ante ninguna clase de consideraciones.

¿Cómo había de querer Querubín conocer a su madre, si eso había de hacer horriblemente desgraciada a su madre misma? No; no era posible que el mancebo aceptara su dicha a costa de la desdicha más horrible de su pobre madre.

¿Qué hacer en semejante caso ?

Complacer al comendador era equivalente a perder toda esperanza de que algún día viesen realizados sus deseos María y Querubín, puesto que el severo padre sacaría de Madrid a su hija y, probablemente, la encerraría en un convento, siendo poco menos que imposible averiguar dónde se encontraba.

¿No era más conveniente sufrir y esperar hasta que las circunstancias fuesen más favorables ?

Mal que le pesase al señor de Guevara, tuvo que convencerse de que no todo tenía fácil arreglo con la espada.

No es ésta siempre la mejor razón, ni tampoco el mejor medio.

Con mucha dificultad y grandes esfuerzos conteníase el protector de Querubín; pero estaba de por medio el honor de una dama, y esto era para él muy respetable.

Era inútil suplicar a don Pedro, puesto que, por mucho que le conmoviese la desgracia de Querubín, interesábase más la suerte de su hija. Ya lo había dicho el anciano: era padre ante todo.

La verdad es que el señor de Guevara hubiera hecho lo mismo en favor de su ahijado.

Forzoso era someterse, puesto que no con la fuerza, sino con el ingenio y la constancia era como algo podía conseguirse.

Siempre quedaría en pie una dificultad, puesto que el comendador no consentiría que su hija se casase con Querubín.

Por algunos minutos guardaron silencio.

Reflexionó el señor de Guevara.

Don Pedro no tenía para qué reflexionar, puesto que ya había adoptado una resolución, y no estaba dispuesto a retroceder.

¿Convenía llevar a cabo lo que podemos llamar alian-

za ingeniosa hecha por el mancebo con el comendador ?

Sí convenía, porque al menos, así se evitaría que Consuelo y su madre fuesen víctimas de las pasiones del conde de Rocanegra.

—Está bien—dijo el señor de Guevara después de algunos minutos—: meditaré y decidiré.

—Vuestro ahijado debe de haberos dicho...

—Todo.

—Y es preciso que yo sepa...

—Os entenderéis con él.

—Le esperaré hasta mañana.

—Lo que él determine yo lo apruebo.

—¿Os interesáis por la suerte del amante de mi hija ?

—Según.

—Porque es preciso que no olvidéis que por de pronto vamos a trabajar contra los deseos de don Leandro.

—Lo que haremos por de pronto será engañar al conde de Rocanegra.

—Y además...

—Veremos si su hijo cede al fin.

—Cederá; no lo dudéis.

—¿Contáis con su madre ?

—Sí.

—Pues en otro tiempo la condesa no opinaba que su hijo debía casarse con vuestra hija.

—Todos cambiamos de opinión después que reflexionamos, y, por más que os sorprenda, os respondo de que la madre de don Leandro no piensa hoy como pensaba hace quince días.

—He ahí otro misterio cuya explicación pudierais dar.

—Os equivocáis, porque me he concretado a dar a conocer a la condesa la situación, y eso ha sido bastante.

Algunas frases más cruzaron.

El señor de Guevara se despidió y salió.

— ¡Oh! —exclamó don Pedro— ¡Mi hija se casará con Leandro, y yo conoceré al miserable que se burló de mí!

Aquella noche conferenciaron largamente María y Querubín, y éste al otro día dio principio a su obra para conseguir que la señora Mariana pudiera explicarse.

Entretanto el conde de Rocanegra, creyendo seguro su triunfo, entregábase a las más risueñas ilusiones.

CAPITULO XXXVI

¿Quién engaña a quién?

Querubín y Andrés hablan acabado por ser los mejores amigos del mundo: se entendieron perfectamente y combinaron el plan con todos sus detalles.

Nada dejaron de prever, y como contaban con el bolsillo del comendador y el del conde de Rocanegra, ninguna dificultad debía oponérseles.

Excusado es decir que el mancebo engañaba al criado del comendador y que todo lo hacía de acuerdo con Leandro y con el señor de Guevara.

María y su doncella tenían también conocimiento del ingenioso plan, y aunque no completamente tranquilas, abrigaban esperanza de un buen resultado.

Ante todo era preciso inspirar confianza al conde; pero esto le pareció muy fácil al astuto Andrés, y una mañana a las ocho fue a ver al padre de Leandro.

—Señor conde—dijo el sirviente—, el negocio se complica; pero de las mismas complicaciones sacaremos partido: si es que vuestra señoría aprueba mi plan, creo que todo lo arreglaremos a pedir de boca.

—Sepamos.

—Consuelo es demasiado bella, y, por consiguiente, hay muchos hombres que la codician con tanto afán, por lo menos, como vuestra señoría.

—Tened entendido que yo no amo ni puedo amar a esa mujer, y que si represento el papel de seductor, es con el fin de impedir que mi hijo cometa una locura.

Andrés desplegó una sonrisa maliciosa, y replicó:

—Todo eso está muy bien, señor conde. Yo no he pensado ni he podido pensar otra cosa, tratándose de una persona como vuestra señoría; pero, al mismo tiempo, me parece una torpeza dejar que se escape la ocasión.

—No comprendo lo que queréis decir.

—Ahora no nos escucha mi noble señor, que es muy escrupuloso y muy severo, porque tiene más de sesenta años, pero que no era tan severo ni tan escrupuloso a la edad de vuestra señoría; y de esta verdad tengo más de una prueba, porque conozco su historia con todos sus secretos. Si esa joven fuese ya esposa de don Leandro, o las cosas hubieran llegado entre ellos a cierto punto, claro es que vuestra señoría miraría con horror la belleza que codician tantos; pero no ha sucedido así, ni ha de suceder, puesto que para que suceda vamos a trabajar. Pobres y ricos, nobles y plebeyos, tienen el alma en el mismo sitio, y todos sabemos lo que se siente cuando se trata de una mujer bonita. Además, y perdone vuestra señoría que hable con tanta franqueza, olvidando tal vez el respeto debido, el medio más seguro para que el señor don Leandro huya de Consuelo, es que ésta se encuentre tan cerca de vos...

—¡Entiendo, entiendo!

—Es imposible que el hijo quiera ser esposo de la manceba del padre, siquiera sea porque eso lo rechaza hasta la misma Naturaleza.

—En todo pensáis.

—Pensando en todo, es como únicamente podemos triunfar.

—Verdad es que Consuelo puede trastornar la cabeza de cualquier hombre; pero al fin, mi hijo...

—Ha pensado en ella y nada más. Pero eso no me parece un obstáculo para que vuestra señoría haga un doble negocio; con tanto más motivo, cuanto que al hacerlo así queda asegurado completamente el resultado que se desea.

—¡Sois tentador, buen Andrés!

—De nada de esto es preciso hablar a mi señor, porque, siquiera fuese por cumplir con los deberes que le imponen sus años, se horrorizaría, y tendríamos que sufrir sus sermones. Yo deseo que vuestra señoría quede complacido, porque, de todas maneras, Consuelo ha de quedar muy malparada.

—¿Y por qué decíais que hay muchos que codician su hermosura?

—Voy a explicarme.

—¡Sí, sí!

—No he perdido el tiempo, y he averiguado todo cuanto es posible averiguar. El señor don Leandro ama a Consuelo, y es correspondido, probablemente, porque ella quiere convertirse en gran señora.

—Así lo supongo; y si no es así, debe considerarse mayor el peligro.

—Pero hay un mancebo que también la desea con las intenciones más puras.

—¿Es rico y noble?

—Dice que es noble; pero en cuanto a lo de ser rico, no tiene más caudal que sus esperanzas, sus ilusiones y su travesura.

—¿Le consideráis rival temible?

—Sí, porque es audaz; pero me parece que, en vez de declararnos sus enemigos, debemos fingirnos sus protectores: así nos servirá como de reclamo para llevar

a cabo nuestra obra. De vuestra señoría debe de desconfiar Consuelo.

—Si es tan virtuosa como dicen...

—Lo es.

—De ese otro no puede sospechar.

—Por eso me ha parecido bien hacerme su amigo y ofrecerle protección contra su poderoso rival.

—Perfectamente.

—Y cuando crea que ha triunfado, le dejaremos a la luna de Valencia, para lo cual hay muchos medios.

—¡ Con razón decís que se complicaba el asunto!

—Me ha parecido una locura declarar abiertamente la guerra al mismo tiempo al enamorado pobre y al señor don Leandro, siendo así que a cualquiera de los dos preferiría Consuelo antes que a vuestra señoría.

—Cuerdamente pensáis; pero es menester que sea realizable todo eso.

—Sí; ante todo, pensaremos en engañar a las dos pobres mujeres para sacarlas de Madrid: el señor don Leandro se encontrará sin ellas, y el otro...

—Nos estorbará.

—El estorbo puede quitarse, porque, en último apuro, como yo no soy tan escrupuloso como mi noble amo, haré de manera que el enamorado mancebo quede completamente inútil para molestarnos.

Se arrugó el entrecejo del conde de Rocanegra, porque comprendió toda la horrible gravedad de las palabras de Andrés.

Éste, como si se tratase del asunto más sencillo, prosiguió diciendo:

—Cuando doy el primer paso, voy hasta el fin: para no hacer esto, no hago nada. No se trata solamente de complacer a mi noble señor, que me paga bien, sino también de que vuestra señoría quede complacido. Toda mi vida he sido un desalmado, y la verdad es que ni me he

corregido, ni pienso corregirme, porque tengo empeño en hacer fortuna, y no lo conseguiré si soy escrupuloso. Piense vuestra señoría y decida lo que mejor le parezca.

—Una razón habéis dado que es para mí la de mayor importancia.

—¿Cuál?

—Que mi hijo tendrá que respetar a Consuelo cuando ésta sea mía. Después, si quiere casarse con la hija del comendador, se casará, y si no, estará soltero toda su vida o buscará un nuevo amor.

—No apelaré a ciertas violencias sino en el último apuro; pero siendo preciso...

—Estamos de acuerdo.

¿Qué le importaba al conde una víctima más?

—Su pasión le trastornaba, y a toda costa quería satisfacer sus deseos.

Forzoso era que aquellos dos hombres se entendiesen, porque ninguno de los tenía conciencia.

Lo que el conde no podía sospechar era que el sirviente representaba un doble papel y que se había convenido que al fin Consuelo fuese para Querubín.

Afortunadamente, Leandro estaba al corriente de todo, y la desgraciada joven se salvaría, quedando pura su honra, ya que otra cosa no pudiera conseguir.

El señor Policarpo debía también representar un papel de bastante importancia, aunque sin comprender lo que hacía.

Debía principiarse por hacer creer a las dos pobres mujeres que eran objeto de una calumnia y que iban a verse envueltas en una causa criminal. Así, para salvarse, seguirían a Querubín y a Andrés, que les ofrecerían protección, y cuando estuviesen en poder de éste, el conde se presentaría para recoger el fruto de su obra criminal, empleando toda clase de medios, hasta los más re-

probados, si nada conseguía con ofrecimientos deslumbradores.

Fuera de Madrid, en la soledad de una casa de campo y vigilada por Andrés, Consuelo tendría que sucumbir de grado o por fuerza, y cuando su perdición no tuviese remedio, la dejarían en libertad.

Pensar en que ella acudiese luego a la justicia para pedir el castigo de los criminales, era una locura, porque no habría juez que se atreviese contra un hombre tan poderoso como el conde de Rocanegra.

En cuanto a Querubín, se le haría comprender que le convenía aceptar un empleo y una crecida cantidad con la que se considerase rico, olvidando el objeto de su amor; y si no aceptaba esto, fácilmente se arreglaría todo con una puñalada.

Leandro no intentaría siquiera vengar el ultraje hecho a Consuelo, puesto que se trataba de su padre.

Tal fue el plan que con detalles presentó Andrés al conde.

Éste lo aprobó con entusiasmo, y, trastornado como estaba, no encontró ningún inconveniente, sino que todo le pareció muy fácil y muy bello.

Para Querubín el plan era el mismo, con la diferencia de que al final había de quedar burlado el conde, según lo convenido con Andrés, y, por último, Leandro, que aparecía como víctima, debía ser el que se burlase de todos, menos de su fiel amigo a aliado.

La menor torpeza podía desbaratar los proyectos de los unos y de los otros.

Todos querían engañarse, y podía suceder que no se engañase ninguno.

El resultado dependía del ingenio y habilidad de Querubín.

No había conseguido éste poco inspirando confianza al comendador y a su sirviente.

¿Y
guir
situac
El
Cu
busca
casi
cuant
ner
Cr
ningu
más
La
que i
gún
Es
no b
Es
senci
bía
A
most
la s
A
Que
tant
vida
D
se d
-
de
L
-
ante
E

¿Y en qué consistía el plan del mancebo para conseguir que la pobre Mariana diese explicaciones de su situación y de sus desgracias antes de venir a Madrid?

El lector va a salir de dudas muy pronto.

Cuando con más afán y en situaciones apuradas se busca un medio, no se piensa en los más sencillos, que casi siempre son los más eficaces. Así había sucedido cuando todos cavilaban cómo podrían hacer para obtener explicaciones de la señora Mariana.

Creyeron haber apurado todos los recursos, y a ninguno se le ocurrió apelar al que era más fácil y de más seguro éxito.

La señora Mariana conservaba toda su inteligencia, que no era poca, y aunque no podía andar, no tenía ningún inconveniente para mover las manos.

Estaba privada del uso de la palabra; pero ¿por qué no le habían enseñado a escribir?

Esto fue lo que pensó el mancebo, y como era cosa tan sencilla, tuvo la seguridad de conseguir lo que no había conseguido nadie.

A pesar de su preocupación y de lo mucho que sufría, mostróse alegre cuando por primera vez se presentó a la señora Mariana y a su hija.

A éstas les sucedió lo que a todos les sucedía con Querubín, y desde el primer momento le trataron con tanta franqueza como si le hubiesen conocido toda su vida.

Después de exponer cuál era la situación, el mancebo se dirigió a la señora Mariana y le preguntó:

—Si pudieseis hablar, ¿nos diríais quién es el padre de Consuelo?

La anciana hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y nos daríais explicaciones sobre vuestra situación antes de venir a la corte?

Ella volvió a decir que sí.

—Conoceréis a vuestro padre—dijo entonces Querubín a Consuelo.

—Y os deberé más que si me hubieseis salvado la vida.

Con ansiedad indescriptible escuchaba y esperaba Leandro.

—Pues bien—dijo Querubín después de algunos momentos—; lo que no sea posible decir con la lengua, lo diréis con la pluma, porque os enseñaré a escribir.

No es posible comprender el efecto que produjeron estas palabras.

Consuelo y Leandro dejaron escapar una exclamación de sorpresa, y el primero, en el colmo del entusiasmo, abrazó a Querubín.

La señora Mariana exhaló un gemido de júbilo y extendió los brazos hasta conseguir coger las manos del mancebo, que estrechó y besó con frenesí.

La joven dejó escapar un torrente de lágrimas y elevó al cielo una mirada de inmensa gratitud.

Habían triunfado.

La alegría los trastornó por algunos minutos, y antes de que recobrasen la calma se presentó el señor Policarpo.

Se enteró el buen sastre de lo que sucedía, y dándose palmadas en la frente y yendo y viniendo de un lado para otro, decía:

—¡Somos unos estúpidos; es preciso reconocerlo! ¿Cómo no se nos ha ocurrido semejante cosa? Cuando una persona está ausente, como no puede hablarnos, nos escribe, y hemos debido pensar que la señora Mariana, no pudiendo hablar, se explicaría si supiese escribir. Perdone vuestra señoría, señor don Leandro; pero debo decir lo que siento, y lo diré. Vuestra señoría tiene mucho talento, muchísimo; pero, comparado con el señor Querubín, no tiene ninguno, y en cuanto a mí, claro está que nada valgo. ¡Escribir, escribir! ¡Pues es claro que

así se arregla todo! Y no es menester que aprenda a escribir con perfección, sino de cualquier manera, porque basta con entender lo que haya de decir. Señor Querubín, seréis un gran hombre, lo cual no me sorprende, porque siempre he creído que valéis mucho. Con razón asegura vuestro padre que no tenéis igual. ¡Manos a la obra! Debéis principiar hoy mismo. ¡Oh! ¡Creo que la alegría va a volverme loco!

No necesitaba excitaciones Querubín, que aquel mismo día principió a dar a conocer las letras a la señora Mariana.

CAPÍTULO XXXVII

Una sorpresa

Querubín confiaba demasiado en su ingenio, en su valor y, sobre todo, en su buena estrella, pues hay que advertir que se tenía por la criatura más afortunada del mundo, a pesar de que no había podido ser más desgraciado desde que nació.

Tenía pocos años, entusiasmábase con demasiada facilidad, y de esto resultaba que cometiese muchas imprudencias.

¿Qué se había propuesto al decir al criado del comendador que todas las noches o casi todas hablaban María y su amante?

Nada se propuso el mancebo; pero gozaba mortificando al sirviente, pues decirle eso era lo mismo que llamarle torpe.

Ya sabemos que Andrés no tenía pelo de tonto, y aunque no valía tanto como Querubín, era sobradamente astuto para sostener con más o menos ventaja aquella lucha.

Había también la circunstancia, según ya hemos di-

cho, de que el amor propio de Andrés se había interesado vivamente en la intriga; y aun cuando así no fuese, esperaba hacer su fortuna, porque sabía muy bien que después del triunfo recibiría una larga recompensa de su señor, lo cual le permitiría realizar sus aspiraciones con respecto a Juana.

Trazado ya el plan contra Consuelo, no tenía el sirviente en qué ocuparse por lo pronto, y entonces dijo para sí:

—Todo es posible en este pícaro mundo, y posible es también que sea verdad cuanto me ha dicho el travieso Querubín. Asegura que la hija de mi señor ve con frecuencia a su misterioso amante, lo cual significa que ese mozo se burla de mí lo mismo que aquella noche se burló de mi amo en el jardín. ¿Por dónde entra? ¿Quién le favorece? Tal vez ella no cuenta con la ayuda de ningún criado. No es posible entrar en la casa por ninguna puerta, ni por los balcones o ventanas, y, por consiguiente... ¡Viva el cielo!

Arrugó el entrecejo Andrés, caviló, y se convenció de que el medio más seguro de descubrir la verdad era olvidarse de las puertas y ventanas y cuidarse solamente de la hija del comendador.

Para hacer esto trazó su plan, y creyendo que triunfaría, dijo a don Pedro:

—Desde esta noche conviene que vuestra señoría duerma con un ojo, como suele decirse, y que al menor ruido salte del lecho y acuda en mi auxilio.

—¿Qué piensas hacer?

—Querubín asegura que el amante misterioso entra en casa todas las noches.

—¿Y has creído eso?

—Tales cosas suceden, que ya me parece todo posible.

—Hemos adoptado toda clase de precauciones.

—Sin embargo, no estoy satisfecho.

—He depositado en ti toda mi confianza, y tienes licencia para hacer lo que mejor te parezca.

Cerró la noche.

A la hora de costumbre cenaron, rezaron y se dispusieron todos a descansar.

Andrés bostezaba con frecuencia y se quejaba de sentirse dominado aquella noche por el más pesado sueño.

A las diez reinaba en toda la casa el silencio más profundo, y poco después no había luz más que en el dormitorio de María.

—¿Vendrá esta noche?—preguntaba Juana a su señora.

—Así me lo prometió—dijo la joven.

—Le esperaré.

—¡Tengo miedo!

—¿Y por qué?

—Algún día nos sorprenderán, y entonces...

—Andrés es el único temible, y está descuidado.

—Querubín ha cometido la locura de decirle que sigo viendo al hombre a quien amo.

—Pero Andrés ha revisado las puertas y ventanas, y se ha reído. Esta mañana me habló del mismo asunto, y pude convencerme de que no tenía la menor sospecha en cuanto a la verdad.

—¡Quiera Dios que no te equivoques!

Efectivamente; Andrés había representado muy hábilmente su papel, y aparentaba vivir descuidado.

A las diez y media salió Juana del dormitorio de su señora, retirándose al suyo.

Dieron las once. Percibióse un leve rumor en los pasillos, después, en una escalera, y por último, en los desvanes.

Brillaba la luna, y pudo verse una sombra humana que se movía en los tejados.

Aquella forma desapareció al llegar junto a una ventana.

Luego se oyó decir con voz concentrada en uno de los camaranchones:

—¿Me espera ?

—Como siempre.

—¡ Soy feliz !

—Dadme la meno.

—Te la daré, no porque necesite gafa, sino...

—¡ Cuidado, señor Querubín, que ofendéis a mi noble señora !

—Si dijese que te amaba, la ofendería; pero reconocer tu belleza no es más que un acto de justicia.

—¡ Vamos, vamos !

No hablaron más.

Otra vez sonó en los pasillos el leve rumor, cuya causa nadie hubiera podido adivinar, y a los cinco minutos giraba silenciosamente la puerta del dormitorio de María.

Entonces pudo verse a Querubín, que, para moverse con más comodidad, había dejado su capa, su sombrero y su espada en la guardilla de la señora Petra.

La doncella se había quedado en el pasillo.

¿ Qué hacía entretanto Andrés ? Tal vez estaba en observación muy lejos de allí.

Los dos enamorados entregáronse descuidadamente a las dulzuras de la más tierna conversación.

No podían sospechar que los amenazase ningún peligro.

Habló Querubín de los planes trazados con respecto a Consuelo y de lo que él opinaba en cuanto a su porvenir.

—Me parece—dijo María—que somos demasiado imprudentes.

—¿ Por qué ?

—Una casualidad puede perdernos. Si a cualquiera de mis criados se le ocurriera levantarse, ver la luz y observar, no habría salvación posible. Y si caes en poder de la justicia, ¿cómo te salvarás? ¿Qué será de mí? Las horas que pasas a mi lado son deliciosas, sin igual, de dicha inconcebible; pero ante todo es preciso...

—María—interrumpió el mancebo—, algo es preciso arriesgar.

—Es que arriesgamos mucho.

—El secreto de nuestro amor ha de descubrirse algún día.

—Ciertamente.

—Pues si ha de suceder, si más o menos tarde he de luchar frente a frente con el odio y la tiranía de tu padre...

—¡Me haces temblar!

—Tranquilízate, que todos están tranquilos y duermen, porque nada sospechan.

—Has cometido la locura de poner sobre aviso a nuestro enemigo más temible.

—No me ha creído ni puede creerme.

La joven inclinó la cabeza y exhaló un triste suspiro.

—¿No dices que eres dichosa a mi lado?

—Sí.

—Y, sin embargo, sufres; no puedes negarlo.

—Presiento desgracias horribles y muy cercanas.

—¿Qué temes?

—No lo sé.

—Los presentimientos no son nada.

—Si ahora nos sorprendiesen...

—¡Bah!—murmuró el mancebo encogiéndose de hombros y desplegando una sonrisa desdeñosa.

—¡No volveríamos a vernos!

—Ya veríamos cómo salir del apuro. En peor situación me encontré la otra noche en el jardín, y, como la

fortuna nunca me abandona, me burlé de todos, aunque parecía imposible la salvación.

—Debes pensar que nuestra situación es ahora mucho más crítica que antes.

—No lo olvido; pero si quieres complacerme, no hablemos de los peligros que nos amenazan, sino de nuestro amor.

Ya sabemos que a María no le engañaban sus presentimientos.

El peligro estaba tan cercano como Andrés, que se encontraba oculto en uno de los rincones del pasillo y no tenía que hacer más que dar algunos pasos para sorprender a Querubín.

Más de dos horas continuaron la conversación los desgraciados jóvenes, y al fin decidieron separarse.

Aquella noche, no sabemos si por fortuna o por desgracia, la doncella, en vez de quedarse como otras veces, a la puerta de la habitación, decidió aguardar al extremo del inmediato pasillo, de manera que en éste se encontraba, lo mismo que Andrés, sin que ninguno de los dos sospechase que tan cerca estaba del otro, puesto que no se habían visto.

Oía el sirviente el rumor de los que iban y venían en medio de la oscuridad, y vio dibujarse un bulto cuando el mancebo entró en el aposento de María.

El bulto desapareció.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó el sirviente.

Y después de reflexionar, añadió:

—Ya que es la última vez, quiero dejarlos que se despachen a su gusto, y cuando intente salir le pondré la mano encima; gritaré, acudiré mi señor, y acabaremos de una vez este enredo. Querubín ha sido torpe, pues sin necesidad de su auxilio conoceremos el secreto que guarda tan cuidadosamente, y no tendrá derecho a reclamar nada como recompensa.

Esto decidió Andrés y esto hizo, y he ahí por qué los dos enamorados pudieron tranquilamente continuar su conversación.

Llegó el momento terrible.

El sirviente, que tenía la mirada fija en la puerta del aposento de su señora, vio como una sombra que se movía, y comprendiendo que el amante misterioso iba a salir, dio algunos pasos hacia la puerta.

La poca claridad que por ésta se escapaba permitió, aunque muy confusamente, distinguir al criado, y Juana, que continuaba en observación, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no exhalar un grito.

No necesitó reflexionar la doncella para comprender lo crítico de la situación.

Era imposible que se salvase Querubín, porque, ignorando que le esperaban en el pasillo, no pensaría siquiera en apelar al recurso de arrojarse por la ventana, aun a trueque de matarse.

¿Por dónde saldría?

¿Cómo se ocultaría?

¿Con qué medios contaba la doncella para proteger a los desdichados amantes?

Y la desgracia debía sobrevenir en el espacio de pocos minutos; es decir, que no había tiempo para meditar, ni mucho menos para adoptar ninguna resolución.

Juana, a pesar de todo esto, no quiso darse por vencida.

Supuso que era Andrés la persona que estaba en el pasillo; pero aunque fuese otro criado, o don Pedro, no era menor el peligro.

Quiso la sirviente hacer de manera que ella también se salvase; y no lo deseaba sólo por su propio interés, sino en beneficio de María.

Si llegaban a sorprenderla fuera de su aposento y completamente vestida, no podría negar que era cómpli-

ce, sería despedida, y su señora se vería privada de un gran auxilio.

Todo esto lo pensó Juana en un instante, y, sin darse apenas cuenta de lo que hacía, se alejó, entró en su aposento, despojóse de sus medias y zapatos y de algunas otras prendas de su traje, desarregló sus cabellos y volvió a salir, quedando junto a la puerta con el oído atento y el corazón palpitante.

Todo esto lo hizo en medio de la oscuridad. El silencio era profundo.

¿Quién hubiera creído que en aquellos momentos se preparaba allí una escena borrascosa?

Andrés, inmóvil y conteniendo la respiración, esperaba y escuchaba.

Llegaron a sus oídos palabras de inmensa ternura pronunciadas por los dos jóvenes al despedirse, y oyó juramentos, y no sabemos si algo más que le probase hasta qué punto se amaban ciegamente, se entusiasmaban o se arrebatában aquellas dos criaturas.

Si hubiera habido luz, habríase visto cómo Andrés desplega una sonrisa maliciosa.

En cuanto a lo que pensaba de todo aquello era fácil adivinarlo.

Ganas tenía ya el sirviente de ver el rostro al mancebo audaz, que se explicaba tan bien y que era tan tierno al lado de María como travieso en los lances apurados.

— ¡Lo que es ahora—dijo para sí el sirviente—no has de dejar la capa en lugar de la persona, pues si algo queda entre mis uñas, será tu pellejo!

Iba prevenido Andrés con un puñal, pues las cosas podían llegar a tal extremo que todo se hiciera necesario, si bien no convenía que la sangre corriese y se complicara así la situación.

Transcurrieron algunos minutos.

— ¿Y hasta cuándo?—preguntó la encantadora niña.

—Hasta mañana.

—¡Dios te proteja!

—Descuida, que ya sabes que soy muy afortunado.

Dirigióse Querubín hacia la puerta.

La luz no daba en su rostro.

Andrés oyó los pasos, y colocó la diestra en el mango del puñal.

Llegó al umbral el mancebo.

De repente, y como si brotase de la tierra, presentóse ante él un bulto, una forma humana, un ser que en aquellos momentos, en aquel sitio y en semejante situación tenía mucho de fantástico.

Al mismo tiempo relumbró como una centella.

Era la hoja del puñal, que levantaba Andrés.

Rugió sordamente Querubín.

Miró hacia la puerta y María exhaló un grito de sorpresa y de terror.

—¡Quieto!—gritó el sirviente con acento de terrible amenaza.

La viva imaginación del mancebo no necesitaba explicaciones para comprender la situación.

Estaba descubierto, le habían sorprendido, no tenía medio de huir ni de ocultarse.

Esto fue lo único que pensó, y no quiso perder el tiempo en reflexionar.

Los instantes eran preciosos.

¿Qué había de hacer el desgraciado mancebo?

No lo sabía; pero para entregarse era siempre tiempo, y, por consiguiente, quiso hacer algo.

María, guiada por el instinto, siguió gritando, corrió y se colocó entre su amante y el sirviente.

¿Qué se proponía la joven?

Había visto un puñal levantado sobre el pecho de Querubín, y no pensó más que en evitar el golpe.

¿Para qué gritaba?

Porque las mujeres gritan sin darse cuenta de lo que hacen, y porque, después de haber sido descubiertos, creyó que no era mayor el peligro porque despertasen los que dormían, sino que, por el contrario, Juana acudiría en su auxilio.

Todo esto sucedió en pocos instantes, en mucho menos tiempo del que se necesita para referirlo.

Querubín retrocedió mientras se ocultaba el rostro con las manos, y Juana, sin producir el más leve ruido, se acercó al aposento de su señora para hacer lo que las circunstancias exigiesen.

Entretanto el comendador, que aún no se había dormido, arrojábase del lecho, tomaba su espada, y en ropas menores dirigíase hacia la puerta de su dormitorio para acudir en auxilio de su criado.

CAPÍTULO XXXVIII

Gritos y confusión

Muy difícil es hacer una pintura comprensible de la escena que tuvo lugar; pero intentaremos darla a conocer con la posible exactitud.

Querubín, que era de esas criaturas que hacen las cosas al mismo tiempo que las piensan, no perdió un instante: dio algunos pasos, se acercó a la mesa, y de un soplo apagó la luz.

Andrés, a pesar de toda su astucia, no había previsto esto.

En medio de la oscuridad, si no fácil, era posible que el amante misterioso lograra escapar. Además, María continuaba junto al sirviente, le sujetaba las manos, y se esforzaba para separarle de la puerta.

— ¡No—gritaba fuera de sí Andrés—; no me moveré de aquí, y, si es preciso, osaltaré al respeto, hacien-

do uso de la fuerza, porque vuestro padre me tiene autorizado para todo!

—¡Socorro, socorro!—exclamaba la joven, como si alguien pudiese socorrerla.

—¡No salgáis—decía el criado—; no salgáis, porque os mataré! ¡Una vez os habéis burlado de nosotros; pero no lo haréis la segunda! ¡Escapad por la ventana; es vuestra única salvación!

—¡Luz, luz!—gritó en aquellos momentos el comendador, que se acercaba tropezando con los muebles y las paredes.

Y María continuaba pidiendo socorro.

Y Andrés juraba y amenazaba.

Y don Pedro de Saavedra blandía la espada y seguía pidiendo luz.

Despertaron los criados que dormían.

Juana creyó que ya no podía hacerse sospechosa aunque se presentase, y acudió exhalando también gritos de terror.

De repente todas aquellas voces fueron dominadas por la de Andrés, que dejó escapar algunas blasfemias.

¿Qué le había sucedido?

Nadie lo sabía, porque estaban envueltos en las tinieblas; pero nosotros podemos decirlo.

Querubín había cogido una silla, llegó donde María se encontraba luchando con el sirviente, la asió por un brazo y la separó del terrible enemigo, colocándola tras él.

No bien hizo esto, levantando la silla a la altura de su rostro, avanzó impetuosamente y fue a chocar con el cuerpo del criado.

Este, que no esperaba semejante acometida, perdió el equilibrio y cayó.

Por encima de su cuerpo pasó Querubín, el cual, como no veía, tropezó con Juana.

Con semejante confusión perdió el mancebo el tino, y en vez de dirigirse hacia la derecha para buscar la escalerilla que conducía al desván, tomó hacia la izquierda, arrollando también al comendador, que seguía blandiendo la espada.

Resonaron más voces y pasos en distintos sitios de la casa, y a tiempo que el atrevido joven salía del pasillo, levantábanse Andrés y don Pedro, y se presentaba un criado con una luz.

Nadie sabía lo que pasaba.

Gritaban todos y todos corrían, y corriendo también Querubín iba de aposento en aposento, sin saber dónde se encontraba, ni hacia dónde debía dirigirse para llegar al camaranchón.

Todos le perseguían.

Los ojos del mancebo relumbraban como los de un tigre.

No podía entablar una lucha cuerpo a cuerpo; tampoco podía salir de la casa, y le era forzoso darse por vencido.

Quiso hacer el último esfuerzo; entró en un gabinete...

Un criado se le presentó con otra luz, y, tras del criado, la doncella.

Querubín se arrojó sobre el sirviente y apagó la luz.

Acercóse luego a Juana, la arrastró, pudiera decirse, hasta un rincón, colocóse tras ella, se inclinó, y aunque la doncella quiso resistirse enérgicamente al diabólico intento del atrevido joven, éste quedó envuelto y oculto entre las faldas de ella.

— ¡Por allí!... ¡Por allí!... ¡No puedo más!... ¡Me muero!... ¡Socorredme!...

Así gritaba la sirviente sin cesar; pero no se movía. Llegaron otros criados con luz.

Acudió también don Pedro, y por otra puerta se presentó Andrés.

Miraron a su alrededor.

No vieron más que a la doncella, inmóvil, medio encogida, con las manos cruzadas, con el rostro lívido y descompuesto, temblando convulsivamente y como si el terror la tuviese clavada allí.

No era el terror, sino Querubín, que para salvarse nada había respetado.

Seguía Juana pidiendo socorro; pero nadie pensó en acercarse a ella.

—¡Aquí ha entrado—dijo don Pedro—; yo le he visto!

—Pues por aquella puerta no ha salido—respondió Andrés.

—Aquí ha estado, es verdad; y apagó la luz que yo llevaba.

—Por el balcón no se ha ido.

—Pues si ha entrado y no ha podido salir, aquí debe de estar.

—He dejado cerrada la puerta del salón y he quitado la llave.

—¡Registremos!

—¡Aquí, debajo de esta mesa!

—¡Sí, sí!

Había una mesa con cubierta de terciopelo azul que llegaba al suelo.

Creyeron todos que allí se ocultaba el amante misterioso.

Levantaron la cubierta.

El fugitivo no estaba.

Y como Juana no dejaba de gritar, el comendador le dijo ásperamente:

—¡Callad, vive Dios!

Y del gabinete pasaron a la habitación inmediata, buscándole hasta debajo de las sillas.

—Procedamos con orden—dijo Andrés—y no se esca-

pará. Registremos habitación por habitación, dejándolas cerradas.

Y así fueron haciéndolo, sin cuidarse de la doncella, que permanecía en el rincón del gabinete.

No hay que decir que se tomaron un trabajo perfectamente inútil.

Media hora después tuvieron que darse por vencidos. ¿Por dónde había salido el amante misterioso?

Todas las puertas estaban bien cerradas.

En vano cavilaron.

A nadie se le ocurrió volver al gabinete donde había quedado la doncella, y ésta pudo con toda libertad reconvenir durísimamente al atrevido mancebo.

—Lo que se hace sin malicia, no es pecado—decía Querubín, que ya había recobrado la calma y el buen humor.

—Cuando mi señora lo sepa...

—No es menester que conozca ciertos detalles.

Entretanto María, fatigada de ir y venir y de gritar, había vuelto a su habitación, y, arrodillándose ante un reclinatorio, dirigía fervientes súplicas al Omnipotente!

—¡Otra burla, otra burla!—exclamaba don Pedro mientras iba y venía en su gabinete como una fiera enjaulada— ¡Oh! ¡Preciso será creer que ese miserable dispone de un poder sobrenatural! ¿Por dónde ha podido salir? ¿Quién es el traidor que le protege en esta casa?

—Nadie, señor—dijo Andrés, que se había colocado en un rincón del aposento.

—Tú estabas en el pasillo cuando él entró; ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y estás seguro de que nadie le acompañaba?

—Le vi llegar solo, y entrar en el aposento de vuestra hija y mi señora.

un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir, a pesar de intentarlo al ver que su madre sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo. La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro; el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó la noticia de su muerte. Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Reanudó sus amores con doña Margarita, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid. Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle. Se retiró a vivir a su palacio, mientras la condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruinmente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando éste estaba moribundo. Hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija. Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Éste descubrió a la condesa que conocía su secreto y que sabía dónde se encontraba el hijo perdido. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al sastre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El sastre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

Esta, para que Querubín consiga entrevistarse con su amada, convence a una mujer que habita en una guardilla lindante con el palacio para que le deje por allí pasar al tejado, y de éste a las habitaciones. Querubín descubre a María los amores de Leandro y Consuelo; y María se los relata luego a su padre, como un motivo más para rechazar esa boda. El comendador averigua que la amada de Leandro es una hija suya, que abandonó tiempo atrás, e implacable, decide quitarla de en medio y realizar la unión de María con Leandro, cueste lo que cueste. Para ello vuelve a visitar a la condesa de Rocanegra, y le pone al corriente de lo que sucede, ocultando que Consuelo es hija suya, y en cambio, calumniándola.

La condesa va a casa de Consuelo a cerciorarse de si la muchacha es o no digna de su hijo. Allí encuentra casualmente a su esposo, el conde, y se entera de que intenta seducir a la amada de su hijo, ayudado por una infame vieja que habita en otro de los pisos.

El conde divisa a la condesa en el oscuro patio, y creyéndola una joya bonita quiere obligarla a descubrirse. En tan crítico momento, acude Leandro, acompañado de su fiel criado Pedro, y comienza a balarse con su padre, mientras el criado facilita la huida de la condesa. En el curso del combate se reconocen padre e hijo y envainan las armas.

Leandro sabe que su madre conoce sus amores y no ignora que es don Pedro quien se los ha descubierto; pero cree que a éste se los ha contado el señor de Guevara, protector de Querubín, y se promete pedirle cuentas.

Lo que no comprende es por qué está su padre en aquella casa. En cambio, el conde descubre su secreto, y con malos propósitos habla con la condesa para impedir aquellos amores. La condesa, con el alma destrozada, habla más tarde con Leandro, y aunque le hace grandes elogios de Consuelo y le asegura que es dignísima de casarse con él, le pide que se case con María.

Leandro decide descubrir el terrible secreto que fuerza a su madre a obligarle contra su voluntad a esa boda.

Querubín entabla amistad con Andrés, el criado de don Pedro, y le hace creer que el novio de la hija del comendador es un amigo suyo. Al relatórselo luego el criado a don Pedro, éste decide obligar a Querubín a que le descubra el nombre del amante de su hija.

Leandro, desesperado, se entrevista con Querubín y con el señor de Guevara. Y al deshacerse los anteriores errores y convencerse de que son amigos en vez de rivales, se alían para defender recíprocamente su felicidad.

El señor de Guevara descubre que el comendador es quien fuerza a la condesa para que obligue a Leandro a casarse con María; pero ignoran por qué causa tiene tal ascendiente.

También descubren los planes del padre de Leandro y deciden vigilarle.

El padre de Leandro, a su vez, se alía con el comendador; y ambos deciden secuestrar a Consuelo, ayudados por el criado Andrés.

Luego el comendador hace ir a su casa a Querubín, y le dice que conoce el secreto de su nacimiento. Pero que no le descubrirá quiénes son sus padres hasta que él, a su vez, le diga el nombre del amante de su hija María.

Querubín, en tan terrible situación, calla y le dice que lo pensará.

Desesperado corre a contárselo al señor de Guevara.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	MARY	Ruñidos	11	G. LEROUX	El corazón secuestrado
2		El bufón por sacrificio	12		Roulettable en Rusia
3		¡Por ella!	13	LE ROYER	El naufragio del espacio
4		La astucia de una mujer	14		Al astro espantoso
5		La venganza del Destino	15	SPITZWALLER	El capitán Lagarde de Jazac
6		El secreto de Mari-Rosa	16		Los amores de Francisco I y la Gioconda
7		Ultraje Mortal	17		La marquesa dolorosa
8	ESTALVA	Las cosas ves	18		La favorita
9	G. LEROUX	III, libro I	19		El misterio de mirafior
10		II	20		El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO EN PÁSTICA

2,50 PUNTAS.

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS